

AMUL Y LOS OJOS NEGROS

Sandra Arévalo Domingo

- Nuestros ancestros más lejanos vivieron aquí hace miles de años: es la llamada cultura harappa. No puedes ni imaginar la gran organización que tenían, tanto civil como religiosa. Pero escucha, fue con los Maurya con quienes llegamos a ser un gran pueblo, grandes de verdad...

- ¡Yamir! ¿Dónde estás? ¡Venga que el carro está esperando!

- Corre y haz caso a tu madre, mañana vuelvo otro rato y seguimos. ¡Está conmigo señora Nehru, ya va!

Yamir corrió hacia la puerta que daba al jardín, donde aguardaba el carro que lo llevaría hasta el Templo Dorado. Así, Amul se quedó a solas tras haber pasado unas horas con su querido sobrino. En un atisbo de calma y silencio, creyó haber caído en trance tras fijar la mirada en un intenso rayo de luz que entraba por la ventana y que, de forma impetuosa, alumbraba directamente el pilón de bronce. Pero no, solo se había

desconcertado apenas un par de minutos, consiguiendo olvidar por un momento el drama que aguardaba ahí fuera.

Únicamente un murmullo era capaz de despistarlo, el de su conciencia reclamándole que actúe poniéndose de pie y cogiendo el toro por los cuernos, aunque el viento sople en contra. Un murmullo que le decía que sentado desde el trono no iba a conseguir la victoria, ni mucho menos a ganarse la confianza y el apoyo del pueblo. Ese mismo murmullo es el que le exigía que alzara su voz y que, de una vez por todas, revelase sus pensamientos hacia ella y pusiese de manifiesto sus intenciones, las mismas que pretendían pedirle matrimonio ahora que ambos habían cumplido los 18 años, es decir, la mayoría de edad.

Y ella era Naisha. Su nombre lo decía todo, pues en la lengua india significa ‘especial’ y, sin duda, ella lo era. Sus ojos eran negros, ¡pero caray qué negro!, el más enigmático que jamás se había visto, el más místico, el menos lúgubre. Eran los ojos más hablados, pues todo el mundo comentaba indiscretamente su asombro la primera vez que los descubrían; ojos conocidos en todo Amristar.

Desde hacía 1 año las cosas estaban cambiando, y no precisamente a mejor. Pero Amul no se imaginaba que las consecuencias de sus actos involucrarían a gran parte de Asia, del mismo modo que se verían implicadas potencias de Europa, lugar lejano y desconocido para ellos.

La raíz de todo había brotado hacía un año y unos meses, cuando Amul tenía tan solo 16 años de edad. Su padre, Harib, era el jefe de Amristar, una pequeña región situada al norte de la India, junto a la frontera con Pakistán. Si por algo se caracterizaba Harib era por su maestría para conciliar relaciones con otros pueblos, destreza con la que se había ganado a pulso el apoyo de sus súbditos.

Por ello, Harib no era uno más, no formaba parte de los reyes cualesquiera que se limitan a dar órdenes mientras gozan de todo el tiempo libre del mundo, no. Él quería más, ansiaba lo mejor para su pueblo, no solo durante su reinado, sino que también quería asegurarse de que tras su muerte iba a continuar la prosperidad del pueblo.

De este modo, debía cerciorarse de que antes de morir habría dejado bien atados todos los nudos de la cuerda del destino amristrarí, sin ningún cabo suelto que hiciera desgastar esta sogá.

¿Y cómo lo hizo? Es la pregunta que primero llega a la cabeza de cualquiera y que todo el mundo anhela saber. Harib no era menos, también se preguntaba cómo lograr esta ardua tarea que finalmente consiguió. Lo que no sabía era que estaba cimentando la cuna donde yacía el gigante dormido, bestia indomable que podía despertar en cualquier momento, y que, si eso ocurría, el caos habría llegado para quedarse.

Amristar se encuentra rodeado por dos ríos, Ravi y Beas. Ambos siempre beneficiaron a la comunidad india económicamente, pero no eran vitales para su supervivencia pues no se sabía sacar provecho de ellos. Cuando Harib llegó al poder, su pueblo no estaba muy conforme con él porque su antecesor no había contribuido ni lo más mínimo al engrandecimiento del pueblo; tan solo se había limitado a deleitarse con grandes banquetes y a derrochar su fortuna. Por ello, Harib sabía que no había empezado con buen pie y que debía hacer algo para evitar acabar adquiriendo la fama de su antepasado. Se puso a pensar y no hallaba la forma de encontrar una perspicaz solución para mejorar su fama. Así que para despejarse decidió organizar una excursión yendo a su palacete a orillas del río Ravi, en el norte. Llevó consigo a sus tres hijos: Amul, Shaila y Naru.

El viaje hasta allí transcurrió debidamente, aunque al llegar comenzó una gran tormenta. Hacía años que no se veía diluviar de esa manera, ni siquiera en la región norte india donde suele llover más a menudo. Debido a tales lluvias, los niños debían permanecer en sus habitáculos sin poder salir para disfrutar de la naturaleza. Pasados tres días por fin llegó la calma, así que los muchachos salieron rápidamente para poder corretear a sus aires y disfrutar del sol, el cual anhelaban ya desde hace tiempo.

Cansados de trotar, los hermanos decidieron jugar al Kidi Kada, un entretenimiento que se estaba poniendo de moda entre las escuelas. Se trataba de divertirse metidos dentro de un cuadrado delineado en el suelo con una piedra.

De los tres hijos de Harib, Amul era el más valiente, no es que no tuviera miedos, porque claro que los tenía, al fin y al cabo era solo un niño. Sino que siempre quería enfrentarse a todo, en el más amplio sentido de la palabra: si alguien necesitaba ayuda, él estaba ahí para tender su mano, si alguien era insultado, él abogaba por los derechos del ofendido, y si algo parecía imposible, Amul, sin duda lo lograba.

¿Por qué? No lo sabía muy bien, solo tenía la certeza de que algo dentro de sí le obligaba a no quedarse quieto, a no dejar pasar las cosas, a no limitarse a observar cómo pasaban los días sin más... Aunque con Naisha, su amiga desde siempre, todo era distinto. Como si de una energía especial se tratase, como si un astro del universo hubiera bajado a la Tierra para colmar su alma deslumbrando a todo aquel que la mirase, y Amul, sin duda, había quedado cegado por ese destello.

El caso es que Amul se fue en busca de la piedra necesaria para el juego. No podía ser muy grande porque no podría cargar con ella, pero tampoco diminuta, pues al ser el encargado responsable de esta tarea no quería defraudar a sus hermanos limitándose a escoger la más pequeña.

De camino vio un par de ratas bandicoot, roedores que siempre había soñado con tener en casa por su agilidad y astucia, pero la señora Indhira, su madre, nunca se lo había permitido.

Al fin, Amul llegó a su destino: la orilla. Quería llegar allí porque es donde más piedras suele haber, de todas las formas y tamaños. Le gustaba elegir las cuadradas porque no eran muy comunes y porque, gracias a sus cuatro puntas, eran óptimas para delimitar la línea del Kidi Kada. Al llegar, hubo una que le llamó especialmente la atención. Rosada, con el volumen idóneo y cuadrada, como a él le gustaban. La veía a través de la cristalina agua. No quería mojarse, pero no había otro modo de alcanzarla, ni siquiera alargando su atezado brazo. Así que decidió adentrarse en el agua.

Desde que Amul contrajo su enfermedad, era especialmente sensible al frío del agua. Además de esto sentía fuertes dolores estomacales que le provocaban náuseas y problemas alimenticios. Sin embargo, con este agua la sensación fue diferente, era más bien una impresión placentera que relajaba sus dolores al instante, como si de un líquido milagroso se tratase. Amul se limitó a coger la piedra y a volver con sus hermanos, aunque en su cabeza quedó guardada esa extraña sensación. Muchos de sus compañeros de escuela sufrían el mismo padecimiento, pero no existía una cura así que no quedaba más remedio que resignarse al dolor. Se sabía que incluso hasta a Europa había llegado a expandirse gravemente esta enfermedad, pero nadie había hallado cura alguna.

Los días siguientes, Amul continuó yendo a bañarse en el agua del río, y parecía que cada día que pasaba se encontraba sorprendentemente mejor consigo mismo en lo que a su enfermedad respecta. Hacía tiempo que los dolores habían desaparecido por completo, ya casi ni recordaba cómo eran esos días enteros en la cama retorciéndose por la indisposición.

Creía haberlo confirmado, pero antes de contárselo a nadie más, quiso hablarlo con su padre, quien años antes había recibido consejos médicos de un sabio. Harib inspeccionó su situación y, efectivamente, confirmó que se había curado prodigiosamente.

La noticia corrió como la pólvora. Pronto, todos los habitantes de Amristar enfermos de la enfermedad que padecía Amul comenzaron a acercarse al río Ravi, para así probar si en ellos también surgía efecto el novedoso tratamiento. Y así fue. Todos y cada uno de los bañistas volvían a casa plenamente recuperados, sin explicación alguna, sin pruebas ni demostraciones científicas.

Esta primicia aterrizó velozmente en tierra europea, donde por supuesto contaban con pasajeros que querían sumarse al tren de los rehabilitados. Para ello, paralelamente las principales potencias europeas (España, Francia y Prusia) fundaron la denominada *Liga Sanadora* y organizaron una expedición cuyas tropas trasladarían a cientos de enfermos hacia el territorio asiático, sin ni siquiera haber pedido permiso a los habitantes indios para hacer uso de su insólito remedio.

Cinco semanas después, habiendo entrado ya en el nuevo año 1875, los viajeros llegaron a su destino: Amristar. La realidad superaba las expectativas de estos enfermos turistas, pues allí les aguardaban coloridos y avivados caminos, con mercados callejeros colmados de puestos donde uno podía encontrar todo tipo de especias, telas y alimentos.

Sin más dilación, los dirigentes de la expedición europea desplegaron sus mapas para ponerse rumbo a las aguas fluviales. Pero no todo iba a ser tan fácil. Cuando Harib se enteró de la presencia de estas gentes pensó en la posible explotación que podrían hacer tales forasteros de las aguas aliviadoras, llegando incluso a hacer de Amristar una colonia sometida a los antojos de los europeos. Si esto ocurría, se violaría uno de los principales derechos humanos: el derecho a ser libre y a no ser sometido a la esclavitud ni la servidumbre. Así que la decisión ante compartir el agua del río fue un no rotundo. Consecuentemente, el ejército indio se desplegó para impedir el paso de las tropas de la *Liga Sanadora* hasta el río Ravi, paralizando rápidamente la posibilidad de que los europeos instaurasen un asentamiento colonial autoritario sobre Amristar.

La respuesta europea fue la de iniciar una rebelión, una especie de protesta con la que consideraban que enseguida obtendrían la rendición india, sin embargo, la réplica indígena fue no inmutarse. Los europeos se sintieron ofendidos porque esperaban recibir un comportamiento de sumisión. Así que, ante lo que había comenzado como una simple querrela, se dio paso al inicio de una contienda armada. Rivas, Rocher y Wagner encabezaban la *Liga Sanadora*, y eran conscientes del poco tiempo que podían resistir allí con el escaso material armamentístico que habían traído consigo, así que habían mandado a dos docenas de sus militares de vuelta a Europa, ejerciendo como mensajeros para que trajeran grandes refuerzos. Mientras tanto, los enfermos españoles, franceses y germanos aguantaban como tristemente podían, teniendo la esperanza de que algún día todo acabase y pudieran al fin lograr su sanación.

El auxilio llegó cuando el desgaste estaba siendo descomunal y la victoria descansaba en el lado indígena. Pero el abordaje de los refuerzos se presentó como un alivio para el escuadrón de la Liga, y permitió respirar hondo a los tres cabecillas aliados. De esta forma, se sintieron más cómodos y comenzaron a emplear sus destrezas militares, estrategias que jamás habían sido vistas por Harib y su ejército. Una de ellas fue la más aterradora, y también la más antihumana. Se trataba de secuestrar a miembros del pueblo indígena (sobre todo niños y mujeres) para debilitar la conciencia del enemigo y forzar así su rendición por el bien de los secuestrados. Esto vulneraba claramente la legitimidad de la libertad e independencia de los amristies.

Las técnicas de guerra de sendos bandos eran completamente diferentes, pero a la hora de luchar se compaginaban de tal forma que ninguna de las partes quedaba por debajo de la otra, ya que los métodos que sacaban ventaja sobre unos eran compensados con los puntos fuertes que debilitaban al otro. Así que este periodo de hostilidad se había ido consolidando como un círculo vicioso, cual mandala indio, solo que sin la belleza de estos últimos. Seis meses habían transcurrido desde la llegada de las tropas extranjeras y aún seguía activa la guerra indo-europea, como

cuando un volcán estalla en erupción y sigue echando cenizas durante mucho tiempo más.

Con el descubrimiento de las aguas sanadoras, Harib ya se había ganado el apoyo de su pueblo, sin embargo, no quería defraudarlos en este enfrentamiento, donde ahora más que nunca debía demostrar el coraje que corría por sus venas, y con el cual se ganaría el respeto y renombre de su linaje. Por eso, además de idear los ataques contra el ejército europeo, Harib salía en todas y cada una de las batallas al campo de pelea, terrenos que, por cierto, estaban quedando cada vez más destrozados.

Irreconocible estaba el bosque que rodeaba al ya bien conocido río Ravi. Antes contaba con cuantiosos animales que paseaban entre los verdosos, prominentes y frondosos árboles, cuyas ramas parecían tener vida propia; ahora, solo estaba quedando un árido y estéril paisaje inhóspito.

Un año de guerra había pasado ya, doce meses de desgaste de ambas facciones. El pueblo indio se sentía unido y capaz de vencer. Además de contar con el apoyo de los dioses, tenían una buena causa por la que luchar, un motivo curador que les pertenecía nada más que a ellos. Pero la peor de las razones llegó. Harib, en una de las guerrillas a pelo descubierto había sido asesinado.

La muerte de Harib conmovió a todo Amristar por varias razones. En primer lugar, porque les había abandonado uno de sus mayores pilares en la guerra, y en segundo lugar porque el ejército indígena había quedado tambaleándose a su suerte, sin su querido líder.

Ahora solo quedaba una opción: Amul, con sus recién cumplidos 18 años, debía ocupar la posición de su padre. Y no estaba seguro de ello. No es que no quisiera ser rey, sino que dudaba de ser capaz de llevar a cabo su tarea tan bien como lo hacía su paternal antecesor.

Por otro lado, también sentía que si él había sido el primero en ser curado por las aguas del Ravi, tal vez era por elección de alguno de los dioses, quizás Shiva, o tal vez Ganesh. No podía quedarse quieto, ahora no, debía ponerse de pie y continuar con la labor que su padre había empezado. Además, ahora Amristar era internacionalmente conocido, y con una victoria conseguiría una muy buena fama para el pueblo.

Pensaba y pensaba y nada se le ocurría. Lo habían intentado todo, todas y cada una de las técnicas posibles ya las habían probado, y con ninguna lograban la victoria final. Las tropas europeas hacían salvajadas con los secuestrados, como si de muñecos de trapo se tratase, y cada vez eran más frecuentes los suicidios de algunos de ellos para evitar tal sufrimiento. El desgaste físico y mental del pueblo ya comenzaba a notarse, y la energía y las ganas con las que comenzaron un año atrás estaban disminuyendo cada vez más hasta el punto de desaparecer...

Amul solo podía acordarse de Naisha, o más bien de sus ojos. Ese negro lo había hipnotizado como un hechizo misterioso, como un juego de magia al que no se encuentra el truco.

- ¡Ajá!, esos ojos negros serán mi solución- exclamó Amul.

Se acordó de un pueblo persa algo lejano a Amristar. Se llamaba Shiraz y su padre le había contado muchas historias al respecto. Una de ellas hablaba sobre una especie de agua negra, el mismo negro embaucador que los ojos de Naisha. Ese mismo agua era llamada por los europeos "*petroleum*". Al parecer, emanaba de la propia tierra si se cavaba

profundamente, y era usado para pegar ladrillos y piedras, así como para las construcciones navales. Pero no se podía ingerir de ninguna manera porque provocaba la muerte inmediata.

Así que Amul mandó a apresurados mensajeros para que transmitieran al rey de Shiraz sus intenciones de firmar un tratado de alianza. Éste aceptó y firmó tal y como Amul había propuesto, ya que ambas potencias obtendrían ventajas. El tratado se conocería de aquí en adelante como el Pacto Negro, y las dos cláusulas principales eran que Shiraz proporcionaría “*petroleum*” a Amristar, y esta a cambio permitiría el paso de las tropas shirazíes para llegar hasta la ciudad china de Ngari, dado que iba a iniciarse la guerra chino-shirazí.

La solución de Amul era sencilla, si el agua del Ravi no era para ellos, no lo sería para nadie. Podría parecer una decisión egoísta, pero dado el sufrimiento y dinero que había gastado el pueblo todo este tiempo, no podían permitirse que ahora el beneficio de sus aguas fuese a para en manos extranjeras. Tomó esta decisión no solo en el nombre de su ejército, sino también en homenaje a todos los que habían fallecido en esta guerra, y en especial a los raptados, que eran los que la estaban sufriendo de peor forma.

La idea consistía en emplear el “*petroleum*” para ennegrecer las aguas del río, eliminando sus propiedades curativas. Como la enfermedad ya se había erradicado entre los habitantes de Amristar, no supondría ningún problema para la población, y los europeos se verían obligados a la rendición.

Tras la publicación oficial del Pacto Negro, Amul mandó reunir a Rivas, Rocher y Wagner para cesar la guerra indo-europea. Primeramente, los tres dirigentes se lo tomaron como una encerrona, pero después abrieron sus ojos a la realidad y se dieron cuenta de que continuar con una guerra así carecía de sentido. Amul accedió a permitir una única concesión a los tres mandatarios: que se les proporcionasen tan solo 20 litros de agua del Ravi en frascos, los cuales después ellos administrarían a su antojo.

Finalmente, los secuestrados fueron puestos en libertad, recuperando todos sus derechos y volviendo a su dulce y nativo hogar. De este modo, finalizó la guerra, cuya paz quedó ratificada en el Tratado de Amristar comúnmente conocido como la “Paz Oscura” debido a la negruza materia que fue la solución al conflicto. Así, un largo año y medio después, Amul y su pueblo volvieron a la normalidad, esta vez con la enfermedad erradicada y, en especial, con los habitantes de Amristar tranquilos por su seguridad al tener la garantía de que no seguiría siendo violado su derecho a la libertad.

Puede que tal vez la clave estuviera en Naisha, o a lo mejor estaba en su negruzco iris. Quién sabe, quizás ella era la encarnación viva de una diosa de la salud, y sus ojos, la forma en que mostraba su divinidad infinita.